

Libre, trabajador y jugueteón

Fernando Vásquez Rodríguez

Mi niñez está signada por la evidencia de la libertad. Me veo corriendo por largos corredores o patios encementados, por caminos polvorientos; me veo subiendo a los árboles o metiéndome por entre cafetales, tanteando en la penumbra infinitas salidas. Me veo, también, contemplando el horizonte, miraba a las montañas cambiar de color, tiñéndose de infinito; y mirando el cielo, el cambiar de las formas de las nubes en el día y el fantástico titilar de los luceros en la noche. Ahora que lo recuerdo, la primera sensación que puebla mi niñez es ésta de la libertad. Con mucho aire, brisas venidas de muchas partes, con olores y cantos de muchos pájaros. Y siempre, en lejanía, el canto de los gallos o el ladrido de los perros. Por haberme criado entre montañas mi niñez está poblada de ecos. Y el eco mismo ya es una forma de nombrar lo lejano, de tornarnos lejanos. Me detengo por un momento en alguna de las habitaciones de mi memoria y me veo sentado, en la vieja casa de los Rodríguez, allá en *Capira*, mirando hacia *Lomalarga*. Pienso que, en ese gesto de un niño contemplando el horizonte, se puede leer la presencia de mi deseo por la libertad y la certeza de saber que siempre hay algo más, detrás las montañas.

Cabría decir otra cosa: Mi niñez está marcada por la evidencia del trabajo. Los trabajadores, como se llamaba a los jornaleros, desfilaban todos los días por el frente de la casa, por el camino real, durante la cosecha de café o la recogida de piña. Trabajador era también mi papá, lo recuerdo llegar sudoroso de *Caracolí* o *La Peña*, y trabajadores también eran todos mis mayores. Mi abuela Ñoa, sembrando, desyerbando, recogiendo yucas, bajando y echando papayas en un viejo costal... Mi tío Ulises o mi tío Toño, enlazando,

ordeñando, curando el ganado, apegando los toros al pie del botalón... Mi tía Pura, Beatriz, mi madre, una infinidad de mujeres trabajando con el maíz: desgranarlo, pelarlo, molerlo, amarlo, asarlo... Las arepas, la mazamorra, el sancocho, la matada del marrano, los tamales... El trabajo como una presencia, como un dato natural e inobjetable. El barretón, el hacha, el rastrillo, la peinilla, el azadón, la máquina de moler y la de descerezar... Y, por supuesto, puedo verme también en ese ambiente aprendiendo a trabajar, yendo a hacer los mandados, recoger leña o traer el agua, poner a secar el café, ir a llevar los fiambres... tareas que siempre estaban acompañadas de una frase proverbial: “vaya volando”. Y en ese estar corriendo, en ese “vaya volando”, descubro otro hito de mi niñez. Quizá una pista muy cercana al juego.

Ese es otro punto importante en la historia de mi ser niño. Jugar a mis anchas. En principio con los animales. Me veo con varios perros detrás de mí y con algunos gatos. A veces haciendo pruebas de velocidad o adentrándome en potreros o matorrales inexpugnables. Pero el juego más importante era el de ir de cacería. La cauchera, varias piedritas, previamente seleccionadas, en mi mochila y como sabuesos experimentados “Tolismán” y otros perros de la casa. Cautela, precisión, silencio... largas horas detrás de una torcaza o de algún azulejo o de algún cardenal, o de alguna de las escurridizas mirlas que, por regla general, las encontraba al lado de las quebradas o los charcos. Largas horas siguiendo una forma oculta tras la hojarasca de enormes aguacatales o mangos. Intentos fallidos, bien por mi torpeza en el tino o porque definitivamente mis presas estaban demasiado altas, muy cerca al copete de aquellas ceibas, de aquellos árboles de raíces gigantescas... Después, volver de nuevo a la casa, llegar sudoroso también, y pedir, como mis mayores, una fresca totumada de limonada. Sentarme en la banqueta que quedaba al lado de la cocina o en la banca que estaba en el corredor, para también quitarme los cadillos que se me habían pegado en mis

pantalones cortos. Me recuerdo hablando y hablando, contándole a mi mamá las peripecias de esas cacerías. Los perros exhaustos, mientras tanto, se echaban a mi lado, acezando, sacando la lengua como si ese juego de niño fuera demasiado para su raquítica constitución.

Esos eran algunos de mis juegos solitarios. Pero estaban los otros, los otros juegos que hacía con mis primas, y con otros niños de mi edad: jugar a la tienda, en donde los billetes eran hojas del árbol de café; jugar a hacer crecientes, colocándole barreras de piedras y barro al agua de las quebradas; jugar a hacer candelabros, con greda amarilla rojiza, muy rojiza... Y los juegos que hacíamos con Fabio, con Héctor o con Saúl, mi primo mayor. Jugar al tejo en el *Cerro Colorado*, jugar a ir a sacar vino de palma, jugar a ir de cacería, pero con una escopeta de verdad, jugar a ir de rocería, a echar machete y ver caer los árboles, o acompañarlo hasta bien abajo de las montañas a buscar entre la tierra un racimo de yucas, bajar largos y lechosos plátanos, recoger algunas mazorcas... o, jugar a bañarnos desnudos en la quebrada de *Aguas Claras*, en medio de una gritería que resonaba a lo largo de todo ese callejón de piedras descomunales.

La libertad, el trabajo y el juego: tres pilares de mi ser niño. Y, como si fuera una atmósfera especial, siento que mi niñez está impregnada por un rumor de leyendas y cuentos permanentes. El mohán, la patasola, el cazador errante, el pollo de viento, la sombrerera, la candileja... Rumor de maravillas, de acciones increíbles, de animales astutos... “Corra tía zorra, corra, corra por el llano, que el enfermo carga el sano”... Sentados en el patio, alrededor de una taza de café, los trabajadores echaban cuentos, referían sus historias como hazañas. A veces, a partir de algo personal o de hechos contados por algún conocido; otras, se trataba de historias oídas en lugares lejanos o de cuentos referidos por ya no se sabe quién. A la par que se iban acabando la taza de café y el chicote, me veo

recostado al lado de papá, en silencio, preso de la emoción, el miedo, el suspenso, la intriga, del hombre que tuvo que acabar siete pares de quimbas para llegar hasta donde estaba la mujer que había perdido, la misma que él visitaba de noche, pero que le había prohibido verla, pero que él, aconsejado por su madre y por su curiosidad, había llevado una esperma y cuando estuvo esa noche al lado de ella, desnudos, entonces él prendió la esperma, dejó caer una gota en la mejilla, ella se despertó y le dijo, “¿por qué me has desobedecido?”, y el muchacho no sabía que hacer, y entonces ella le dijo: “si me quieres volver a ver será en las altas torres del humo”, y entonces yo me iba quedando entredormido y así llegaba la noche y después pasaba a los sueños, y en los sueños casi siempre me veía volar: estaba en la cúspide de la montaña que llamaban “Zancas”, donde vivía el señor Venedo y, desde allí, me tiraba al vacío, y podía divisar el plan de *La Laguna*, con sus pastos verdes, perfectos, y podía ver la casa de la señora Josefina, y si sentía que empezaba a descender, entonces movía los brazos hacia abajo, como si fueran alas, y volvía a encumbrarme como las gualas, y podía ver desde esa altura los piñales, los maizales, los potreros, los caminos, las mulas y los arrieros, y podía ver más abajo el serpenteante río Magdalena, hasta que una voz, la de mi madre, me traía de nuevo al mundo del cacareo de las gallinas, el canto de los gallos, el gruñido de los marranos y el sonido fresco y matutino de los cucaracheros.